

El puente

Salvador Enríquez Muñoz

PERSONAJES

(Por orden de aparición.)

NADIE

DON NADIE

LA CHICA

FULANO

MENGANO

ZUTANO

Primer acto: En el Puente.

Segundo acto: Al otro lado del Puente.

PRIMER ACTO

**Un puente. Un río sin apenas agua. Piedras y suciedad.
Bajo uno de los ojos hay luz. Una luz que ilumina
débilmente la escena. Lo demás oscuridad. La escena
vacía. Antes de alzarse el telón se escucha el ruido de
varias parejas que ríen y gritan, las voces de unos
automovilistas que insultan a alguien que les entorpece el
paso. Se escucha el sonido de unos «claxons» y finalmente
el silbar de un tren que pasa sobre el puente. Se alza el
telón y aún se escuchan todos estos ruidos que van
cesando según se avanza en el diálogo.**

NADIE.- (**Entra por un lateral, cubierto de harapos y algo bebido.**) Ya estoy aquí, en mi casita, en este palacete de la gran ciudad. (**Se dirige al ojo del puente que está iluminado y llega hasta él.**) Lo triste es que todo esto empieza como una auténtica representación de teatro: se alza el telón y todos con la boca abierta, ¡a ver que pasa! ¿Tengo que decir quién soy para que me conozcan? ¡No! ¡No! y ¡No!, yo soy Nadie... El que tenga ojos para ver que vea y el que tenga oídos para oír que oiga, pero... no, no vale cerrar los ojos ni taparse los oídos... (**Se vuelve al oír el ruido de la juerga y el «claxon» de los coches.**) ¡Estos gamberros...! Bueno, realmente, yo no tengo nada que echarles en cara, en más de una ocasión doy algún escándalo que otro por ahí y..., ese día duermo mejor, entre paredes y bajo techo: en la comisaría. (**Se ríe burlonamente.**) Sin embargo, yo prefiero mi pequeño palacete, (**Por el ojo del puente.**) aquí tengo vistas hermosas, agua corriente, (**Por el río.**) tranquilidad (**Nuevos ruidos de coches.**) cuando me dejan, y juerga cuando me apetece.

Todos esos que ustedes escuchan vienen de gastarse sus buenos cuartos en cigalas, centollos... y ricos vinos espumosos; yo, con un trago de tinto, (**Saca una botella del bolsillo.**) tomo parte de su fiesta, me coloco en su ruidosa panda y lo paso como ellos... o mejor porque a mí sólo me cuesta un trago y a ellos..., por lo menos lo que supone para una familia comer durante una semana. (**Bebe.**) Pero, ¿son felices así?... ¡Pues adelante! (**Filosófico.**) Después de aquí todo será silencio. (**Sonriendo.**) ¡Menos mal!, y el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Claro que los vivos que tienen bollo son pocos..., ¡pero bien que los disfrutan, qué caramba! Mejor así, ¿no?, (**Irónico.**) porque si las riquezas las repartiéramos entre todos, no tocaríamos a nada, de esta forma, quedando lo mucho entre pocos, tocan a más; así los pobres, los hambrientos... tendremos nuestro premio.

¡Hay que ser razonable! Hay que comprender a los poderosos, ¡diablos!, si ellos no amasaran millones..., ¿quién comprendería nuestra pobreza y se apiadaría de nosotros? ¡Nadie! Pero, Nadie soy yo... (**Triste.**) ¿Se han destapado los oídos? ¿Han abierto los ojos?, (**Irónico.**) ahora puedo continuar. (**Transición.**) Continuar..., ¿qué? No se puede continuar, yo no puedo tener una continuidad, el mundo gira mientras yo me mantengo aquí. ¿Qué es continuar? Hacer algo más de lo previsto, adelantar a la humanidad en su rotativa marcha; pero yo, el pobre «yo» de Nadie se queda atrás en el camino. Pero tengo un puente...

(Bebiendo.) y un trago, **(Nuevas voces de gente que pasa divirtiéndose.)** y amigos que pasan y cruzan sin darme la lata. Sin embargo..., presiento algo..., algo que va a ocurrir cerca de mí..., es un presentimiento, quizá estúpido, absurdo. **(Pausa.)** Alguien o algo va a llegar. Es posible que todo sea un pobre presentimiento, un deseo de más allá, un ansia de vivir y permanecer. Pero la ilusión..., ¡mantener la ilusión!, eso es lo importante. Lo peor sería caer en la cobardía o en el aburrimiento... **(Queda pensativo.)**

DON NADIE.- **(Entra un hombre elegante, bien vestido, muy parecido físicamente a Nadie. Va buscando algo, mira al suelo, después al cielo, luego a los lados. Nadie le mira, le observa detenidamente.)** Nada, aquí no hay nada. Quizá basura.

NADIE.- ¡Y Nadie!, **(Alegre.)** lo esperaba, aquí hay Nadie... soy yo..., le esperaba. Pase, pase, considérese en su casa.

DON NADIE.- **(Al verle.)** ¿Quién es usted?

NADIE.- Nadie.

DON NADIE.- Su cara me es conocida...

NADIE.- Y a mí la suya..., su cara la he visto alguna vez... posiblemente al mirarme en un espejo, cuando me afeitaba.

DON NADIE.- Puede ser. No sé por qué estoy aquí, pero lo de menos son los medios o las razones... Estamos hasta las narices de los eternos «por qué»; estoy aquí, ¡sí!, eso es lo que importa.

NADIE.- **(Mirándole con asombro.)** ¿De qué le conozco? Esa cara..., esos gestos..., esa voz... **(A DON NADIE.)** Siéntese, pase, por favor; está en su casa.

DON NADIE.- ¿Esto es una casa?

NADIE.- Sí..., ¿verdad que le gusta? Es amplia..., por un lado puede llegar hasta las costas cantábricas..., por otro hasta el sur..., hasta un sur infinito. El techo es alto, es de luna y estrellas, el suelo no es tan bueno..., algo húmedo en invierno, ¿sabe?, pero en verano es fresco y agradable. No tengo problemas de espacio, aquí todo cabe. Hasta un Don Nadie como usted.

DON NADIE.- ¿Conoce mi nombre?

NADIE.- Todos somos nadie. Únicamente la ropa, la apariencia, puede poner un Don por delante.

DON NADIE.- ¿No cree que me está ofendiendo?

NADIE.- Quizá, puede ser que usted lo considere así, pero..., ¿es ofensa decir la verdad?

DON NADIE.- Bueno..., hasta cierto punto..., puede que tenga razón. Yo tuve un amigo, muy gracioso por cierto, que decía: ¡Desnudos, todos somos iguales!

NADIE.- Muy gracioso, (**Insistiendo.**) pero volvamos al tema. Yo le esperaba a usted; al verle le he conocido, su cara es la mía, su voz, sus gestos..., ¡hasta su nombre!

DON NADIE.- No he venido aquí a escuchar sus sermones, tampoco a ver su casa, he venido...

NADIE.- (Interesado.) ¿Por qué, por qué vino?

DON NADIE.- Dejemos los «por qué», por favor. Ya he dicho que no sé los motivos que me trajeron aquí. Eso, repito, es lo de menos.

NADIE.- Es bonito encontrarse con un conocido, con un semejante, con alguien capaz de decir algo más que gritos incoherentes..., consecuencia de tripas llenas y buenas digestiones. (**Ofreciéndole la botella.**) ¿Quiere un trago?

(Fuera se oyen más voces de juerga.)

DON NADIE.- No vendrá mal. Siento un poco de fresco. (**Bebe.**) Los de ahí arriba sí que lo pasan bien, ¿verdad? Esos... de la tripa llena, como dice...

NADIE.- Pues..., no sé, la angustia corroe a esos que ríen y se emborrachan, a esos que no saben del amor.

DON NADIE.- ¡Van con mujeres!

NADIE.- Con mujeres fáciles que, a cambio de lujos, les hacen creer que los aman. (**Transición.**) ¿No estuvo nunca en una sala de fiestas?

DON NADIE.- No recuerdo..., posiblemente en alguna ocasión..., por negocios, invitado.

NADIE.- Yo fui una vez. No recuerdo cómo ocurrió aquello. Creo que pude gastarme no sé cuántas sonoras monedas al entrar. Había señores gordos y calvos, era de madrugada, relucían sus sortijas de pedrería y sus calvas de burgueses. Bailaban congestionados de alcohol y lujuria, tenían a su lado mujeres guapas... muy pintadas y poco vestidas.

DON NADIE.- Y..., ¿después?

NADIE.- Después..., se despertarían en una cama desconocida, junto a una mujer despeinada, sudorosa y vacía, con los ojos inflamados, rojos, y la boca seca y amarga...

DON NADIE.- Y...

NADIE.- Después contarían a sus amigos de casino la gran aventura, y se gozarían como imbéciles en esa angustia que, como le digo, les corroe. **(Pausa.)** Cuando salí de allí sentí una sensación de alivio. El aire en la calle era fresco y se podía respirar y..., en cualquier esquina o en la sombra de un portal, había parejas de amor.

DON NADIE.- ¿Parejas?

NADIE.- Sí, de jóvenes que no presumen de su cariño en público, a los desacordes de una música enervante, sino en la supuesta soledad de una sombra.

DON NADIE.- Eso... debe ser bonito.

NADIE.- **(Triste. Pensativo.)** Sí.

DON NADIE.- ¿Conoció ese amor de que habla?

NADIE.- Lo respiré, lo sentí muy cerca... Yo creí que todo era fantasía de poetas reprimidos y locos ansiosos de «algo», pero no; una vez sentí que se movió en mí ese cariño hacia una persona, esa entrega total y absoluta a ella. Dejé de ser egoísta. Empecé a vivir para otra persona y no para mí. Ella hacía igual.

DON NADIE.- ¿Fue bonito?

NADIE.- Tanta felicidad produce dolor; yo pensaba que no era suficiente para ella... que no la quería tanto como debiera...

DON NADIE.- ¿Y ella?

NADIE.- Igual, pensaba lo mismo que yo... y quizá por eso empañamos los mejores momentos de nuestros días.

DON NADIE.- (Con curiosidad.) Pero... fue maravilloso, ¿verdad?

NADIE.- Todo lo maravilloso que se puede ser en este mundo.

(Se escucha la bocina de un coche y un brusco frenazo.)

DON NADIE.- (Escuchando.) ¿Qué es eso?

NADIE.- Nada. Posiblemente lo que ocurre a diario en tantos sitios..., una persona bajo las ruedas de un coche. **(Transición.)** Ese... ese chirrido de ruedas era un peligro..., un miedo. Cuando se ama con exceso es peligroso. Se teme a un coche que nos quite al ser amado, a unos ojos que lo miren con codicia, a un barrizal que lo ensucie...

DON NADIE.- (Escuchando, pero algo ausente de lo que dice NADIE.) Ese ruido..., ¿no necesitarán de nuestra ayuda? Algún herido...

NADIE.- Es normal en este barrio. Ya se ocuparán los vigilantes de tráfico. Durante mi vida aquí nadie bajó a ver quién era yo... aunque les pareciera un bicho raro. Por eso yo no puedo ocuparme de todo lo que ocurre ahí arriba.

DON NADIE.- (Interesado.) Hablábamos de amor, ¿no?

NADIE.- (Sin escucharle.) Sí... de amor. ¿Qué es el amor?

DON NADIE.- Si pretende entrar en definiciones me marchó..., ¡ya está bien de teorías! ¡Lo que interesa son los hechos..., la realidad!

NADIE.- El mundo se balancea. Falta un punto de apoyo que mantenga el equilibrio preciso. Aquí, al nivel del agua, se vive más seguro. **(Sonriendo.)** Hay menos desnivel.

DON NADIE.- Usted está loco. No lo comprendo.

NADIE.- (Transición.) Este puente... este puente es... ahora verá, espere un poco y verá.

DON NADIE.- Escuche, este es un puente normal, como todos los puentes del mundo; no me hará usted creer que hay algo de nuevo o de original en él, ¿verdad? ¡Todos los puentes sirven para las mismas cosas!

NADIE.- (Pensativo.) Sí... todos los puentes sirven para lo mismo: para pasar de un lado a otro.

DON NADIE.- (Razonándole.) Exacto: para cruzar un río, para ir de un lado a otro de la ciudad o del camino.

NADIE.- Pero a veces los puentes no unen caminos ni ciudades: ¡las separan! A veces, bajo el puente, no hay un río... En cambio, sirven para eso: para cruzar de un lado a otro, pero..., ¿qué hay en cada lado?

DON NADIE.- Pues... en un lado hay casas y en el otro campo... o más casas..., ¡qué sé yo!

NADIE.- Eso es, usted no lo sabe. Yo se lo voy a decir: en un lado hay casas; sí, hay vida... en el otro hay silencio. En un lado la vida es bulliciosa, excesivamente movida, saturada de histerismo, de locura..., en el otro sólo hay silencio... un silencio tan sobrecargado que lleva al paroxismo de la desesperación. Se puede oír el pensamiento y eso, **(Casi gritando.)** eso es una tortura. Por eso el justo medio es el mejor..., el más feliz. Aquí en el puente está el término medio, ¡pero no arriba, sino abajo! Y, ¿sabe por qué? Porque arriba lo pueden arrastrar a uno entre los que van y los que no quieren volver, entre los que vienen y no pueden pasar... entre todos. Aquí es mejor. Ahí arriba lo trituran a uno.

DON NADIE.- Oiga, oiga..., no creo que sea para tanto. Hay de todo.

NADIE.- Sí, hay ruido y silencio; pero mal distribuido. En la ciudad...

(Se escucha un ruido infernal de música mezclada con «claxons» de coches y gritos de gente.)

no se puede pensar. Los pensamientos, las ideas, todo lo que sale del corazón del hombre, se ve aplastado por la gran ciudad, enterrado por los rascacielos, ahogado por el humo, despreciado por el mismo hombre. **(Pausa.)** Al otro lado del puente..., **(Vuelve a gritar.)** ¡quizá sea peor! El silencio es denso. ¿Imagina qué sería dar sonido a lo que se piensa? Así es el otro lado del puente.

DON NADIE.- Es curioso lo que dice... Sí, sé que la ciudad es tremenda... y eso lo comprendo, pero lo del silencio, lo de dar sonido a lo que se piensa...

NADIE.- (Sonríe irónico.) Claro, ustedes, los hombres de la ciudad, no comprenden nada...

DON NADIE.- (Enfadado.) Bueno, nosotros no comprendemos nada, pero... ¡dígame!, ¿lo comprenden los otros... los... bueno, los del otro lado, los del silencio, los que no pueden pensar por que se les escucha?

NADIE.- Ya empieza usted a comprender.

DON NADIE.- Escuche, mi querido amigo, yo soy un hombre de mundo, aún no sé de verdad por qué me encuentro aquí, no deja de ser curiosa su conversación pero me parece algo absurda..., ¿no será que ha bebido demasiado? (**Orgullosa.**) Yo, como le digo, soy un hombre de mundo... digamos de negocios. Conozco ciudades con un trescientos por mil de habitantes superiores a ésta, con más puentes, con muchísimos más mendigos que, además, tocan el acordeón; con más coches, más mujeres... Sí, efectivamente, son ciudades que agobian; yo comprendo los problemas de esas ciudades. (**Insistiendo en el «Yo».**) Yo he vivido mucho, yo he conocido, yo he vendido, yo he hecho, yo he perdido, yo he sufrido, yo he gozado, yo he ganado...

NADIE.- ¡Siempre el yo! (**Transición.**) Y conste que no he bebido tanto como cree. Pero, ¿por qué siempre el eterno «Yo» en la boca? ¿Cree que cuando usted vivió, conoció, vendió, hizo, perdió, sufrió, gozó o ganó lo hizo solo? Mire... usted es un Don Nadie..., ¡qué caramba!

DON NADIE.- ¿Cómo?

NADIE.- Sí, cree que estaba solo..., ¡y no es así!

DON NADIE.- Todo lo he hecho por mí, ¡por mí mismo!, sin ayuda de nadie.

NADIE.- Lo hizo con la ayuda de Nadie.

DON NADIE.- ¿Qué Nadie?

NADIE.- Un Nadie que siempre estaba en su camino... aunque no lo viera. Pero debía sentirlo. Y cuando hacía todo eso que dice había cientos de personas a su espalda sufriendo; sí, sufriendo por usted... o tal vez gozando. Pero no estaba solo.

DON NADIE.- ¡Sí! ¡Claro que estaba solo!... Y aún lo estoy
(**Transición.**) Le voy a hacer una confidencia: yo soy casado,
tengo dinero, una casa maravillosa, la servidumbre que necesito,
¡ah!, también tengo hijos, pero... planté un árbol que se secó y...
nunca pude escribir un libro.

NADIE.- ¿Esa es la confidencia? Los de allá estarán
escuchando su pensamiento.

DON NADIE.- ¡No diga eso!

NADIE.- ¿Le asusta?

DON NADIE.- No..., (**Dudando.**) no es que me asuste, pero
me parece incómodo que alguien sepa lo que voy a decir antes
de hablar.

NADIE.- (**Riendo.**) No se preocupe, no creo que lo sientan.

DON NADIE.- ¡Menos mal!

NADIE.- Solamente yo sé que su confidencia consiste en algo
más que el árbol, el libro y la casa.

DON NADIE.- Bueno, sí; así es. Yo... no soy feliz... quizás
por estar solo. Ni mi mujer me ha ayudado; solamente
colaboraba conmigo en gastar el dinero. Por otra parte, mis
hijos, como los crió y educó el servicio, no me conocen con un
beso, sino con un despectivo «¡Hola, papá!» cuando llego a casa.
(**Tratando de no dar importancia a la confidencia.**) Si le
parece... podemos cambiar de tema, realmente no tiene
importancia y estamos perdiendo el tiempo.

NADIE.- ¿Qué tiempo?

DON NADIE.- El que vivimos.

NADIE.- ¡El que nos queda!

DON NADIE.- (**Sin dar importancia.**) Puede ser. Me dijo
que éste puente es... que aquí vería algo... ¡Siento curiosidad! Es
usted un tipo raro. Habla y habla, pero no concreta nada. El
porcentaje de gente que habla es muy elevado, los índices de
acción resultan mínimos, el desfase es alarmante.

NADIE.- Déjese de estadísticas, olvide los porcentajes. Dijo
que me haría una confidencia.

DON NADIE.- Ya la hice y fue una estupidez por mi parte. A usted eso le interesa poco. Vive aquí, en el puente, adoptando la postura más cómoda. ¡Qué más le da que mis hijos me quieran o no, que mi mujer juegue a la canasta o me ayude!

NADIE.- (Pausa.) ¿Por qué no se tranquiliza y trata de ser sincero? Es posible que mañana no veamos lo que hoy tenemos ante los ojos, puede que mañana no nos conozcamos, usted puede o no pasar el puente... se puede tener un rato de confianzas. Simplemente poner la verdad en nuestros labios y dejarla brotar, dejarla que salte y lo inunde todo, que la verdad llegue hasta el último rincón, hasta la más mínima piedra de este río.

DON NADIE.- ¿Serviría de algo?

NADIE.- De consuelo.

DON NADIE.- No es bastante.

NADIE.- ¡Es más que suficiente!

DON NADIE.- Parece que le interesa todo lo mío...

NADIE.- También lo es mío...

DON NADIE.- Es injusto conmigo. Se goza en mi desgracia.

NADIE.- ¿Desgraciado?

DON NADIE.- Sí, ya le he contado... Nosotros, los hombres de mundo, cubrimos la desgracia con una corbata lujosa y un traje elegante con chaleco y... los nervios los cubrimos con un hermoso cigarro puro... que no tenemos gana de fumar. No hable de desgracia, por favor; no sea injusto.

NADIE.- Pero..., ¿qué es la justicia? Un juego de azar con mezcla de intelectualidad. El que tiene suerte y dinero para encontrar un buen abogado... tiene más posibilidades de ganar, o al menos de no perder, que quien no tiene ni cinco. En la justicia de su mundo, la de aquel lado del puente, arriba, el acusado pasa a ser una figura quieta ante las razones más o menos profesionales, inteligentes y estudiadas, de un acusador y un defensor. ¿Por qué solucionan ustedes algunos problemas con un sello de aportación voluntaria que a la fuerza hay que pagar? ¿Por qué a veces un testigo, al que no conoce, puede sacarle de un gordo aprieto? Sus hijos no le conocen, su mujer no le conoce... ni usted mismo se conoce. (Transición.) ¿Ha soñado alguna vez? El sueño puede ser la auténtica realidad.

DON NADIE.- ¡Sí, naturalmente! He soñado.

NADIE.- Y ¿qué le ocurre al levantarse? Dolor de cabeza, malestar y la terrible angustia de que todo era un sueño.

DON NADIE.- Eso sí.

NADIE.- Yo aprendí a soñar... Un día me vi en un pueblo de Castilla... todo piedra y campo... hacía un sol inmenso, pero no quemaba, el aire acariciaba mi pelo... **(Sonriendo.)** y el de ella también, pero no hacía frío. Había una vieja mecedora, de lona y maderas carcomidas, donde nos balanceábamos al ritmo de un solo corazón... con ese «va y ven» que da confianza al hombre. **(Pensativo.)** Me acuerdo que la besé y... sentí algo inmenso. Pero no, ¡no crea que voy por lo malo! Sentí el placer de un beso fresco, lleno de cariño, y la caricia de unos ojos que me miraban. Me desperté sonriendo. En la boca tenía aún el beso fresco de aquel pueblo de Castilla. Un beso de piedra y campo. Un beso de vida.

DON NADIE.- Yo un día me desperté angustiado..., **(Transición.)** por favor, deme un trago, **(Bebe.)** Gracias..., a veces soy tímido al hablar. **(Dudando.)** Y..., y yo...

NADIE.- ¿Qué?

DON NADIE.- Decía que me desperté angustiado... Un sin fin de cuchillos iban y venían rodeándome... casi a punto de romperme la ropa.

NADIE.- ¿No podía escapar?

DON NADIE.- ¡Imposible! Fui a divertirme a un parque de atracciones y tuve la debilidad de montar en una especie de tobogán... ¡No podía bajar de allí! ¡Los cuchillos salían por todos sitios... me amenazaban...

NADIE.- Con usted iba una mujer, ¿verdad?

DON NADIE.- ¿Cómo lo sabe?

NADIE.- Lo suponía. Siempre hay una mujer en todo.

DON NADIE.- Sí... pero no diga nada... Aquella mujer no era la mía. ¡Por favor, se lo ruego, no diga nada!

NADIE.- Tome otro trago, le hace falta. **(Beben.)** No, no se preocupe, nadie se enterará. Además no veo nada de malo en ello. Hay hombres que buscan la felicidad donde no la hay. Otros la buscan y la encuentran donde la sociedad les prohibió pisar. ¿Qué es lo bueno, qué es lo malo? Pese a todo, usted estaba a gusto en aquel tobogán; no existía el esfuerzo, todo marchaba por su propio impulso..., pero los cuchillos de sus prejuicios le amenazaban, le acosaban a cada momento.

DON NADIE.- Y el tobogán seguía y seguía...

NADIE.- Sí, claro, el impulso de sus más nobles deseos..., posiblemente los que nunca ha descubierto..., por eso, aunque tenga el DON, es un Don Nadie. Nos podemos librar de nuestro jefe, de nuestros amigos, de nuestros enemigos, de todo lo que nos rodea, pero de nuestros sueños no.

DON NADIE.- Luego entonces... los dos soñamos, ¿no es así?

NADIE.- Pero cosas diferentes. Nunca podrá comparar mi viejo pueblo de Castilla con su loco tobogán cubierto de cuchillos amenazantes. De todo eso sé yo mucho..., ya le digo: por aquí, **(Por el puente.)** pasa a diario de todo: amor, desdicha, error, placer, ilusión... son personajes para mí conocidos.

DON NADIE.- Deme otro trago... cada vez lo necesito más. **(Bebe.)**

NADIE.- ¿Tiene miedo? ¿Le aterroriza conocerse a sí mismo? Usted es como yo, no se engañe...

DON NADIE.- No me encuentro bien... será el alcohol... **(Se deja caer.)** No debí hacerlo..., no debí beber...

NADIE.- **(Poniéndole la mano en la frente.)** Todos tenemos alguien que se nos parece... lo difícil es encontrarlo.

DON NADIE.- No diga estupideces.

NADIE.- Al encontrar una mentalidad de mujer... nos casamos con ella..., cuando es un hombre, un amigo, encontramos el mejor de los tesoros. Lo imposible es coincidir.

DON NADIE.- No le entiendo nada..., la cabeza me da vueltas, **(Para sí.)** ¿Por qué vendría yo aquí?

NADIE.- Es que..., está a punto de cruzar el puente... de llegar al otro lado. Ya sé que para esto hace falta mucho valor, pero..., ¡peor para quien no lo tenga! De todos modos, antes o después, hay que llegar al otro lado.

DON NADIE.- Me siento mal, (**Jadeante.**) ni siquiera sueño..., ¿será el alcohol?

NADIE.- Es el paso del puente... ¡Valor! ¡Hay que tener valor!

(Se escuchan «claxons» de coches y voces de gente, pero muy apagadas, casi cantos mortuorios.)

DON NADIE.- ¿Es preciso?

NADIE.- Sí. Pero hace falta valor...

(Telón.)

SEGUNDO ACTO

Ahora el puente se ve lejos. En escena todo es soledad. Es el otro lado del puente.

Entra DON NADIE con la chaqueta al hombro, la corbata suelta, cansado.

DON NADIE.- (**Mirando a un lado y a otro.**) Parece que he llegado. Aquí debe ser el otro lado del puente... aquí no hay humos, ni se puede uno sentir enterrado por los rascacielos. (**Tratando de convencerse.**) Sí, aquí debe ser. (**Deja caer la chaqueta en el suelo.**) Aquí no se verán aplastadas por nadie las ideas, los pensamientos... lo que sale del corazón... (**Con un gesto de duda.**) Pero..., ¿podrá servir de algo? Sería terrible.

¡No, no puede ser! ¡No debe ser! Sería angustiioso cruzar ese puente, llegar aquí después de tanto trabajo para... para que luego no sirviera de nada. (**Nervioso.**) No puede ser. El trabajo de llegar hasta aquí tiene que servir de algo... para algo.

NADIE.- (**Entra y se sitúa, silencioso, en un lateral del escenario. Sin dirigirse a DON NADIE.**) Para descansar.

DON NADIE.- (**No le ha visto ni oído, pero contesta o comenta lo que dice NADIE.**) ¡Cómo voy a descansar! Si aquí he de estar para siempre..., ¿siempre voy a estar descansando?

NADIE.- Es tu sino. De ahí llegaste hasta aquel lado del puente, ¿recuerdas? (**Tratando de hacerle recordar.**) Las bocinas de los coches... los gritos de la gente... los frenazos...

DON NADIE.- (**Confuso.**) ¡Todo esto es un sueño! Un tremendo sueño...

NADIE.- Eterno.

DON NADIE.- Tiene que ser un sueño, una pesadilla. No entiendo nada... me duele la cabeza...

NADIE.- Ya no te puede doler..., ¡pasaste el puente!

DON NADIE.- ¿Qué tiene que ver el puente ese, este lado o aquél...? Lo cierto es que me duele la cabeza. (**Meditando.**) Ya sé, creo que tomé algunas copas; fue con un desconocido... (**Estúpidamente alegre.**) ¡No se puede uno fiar de nadie! Tan pronto se me pase el efecto de las copas habrá terminado todo.

NADIE.- Todo ya terminó.

DON NADIE.- Pronto se habrá pasado el dolor de cabeza y esta dichosa pesadilla.

NADIE.- Pierde toda esperanza. (**Acercándose a DON NADIE.**) Aquí no se puede esperar... solamente se está.

DON NADIE.- (**Observando la presencia de NADIE.**) ¿Tú aquí?

NADIE.- (**Irónico.**) ¿Cómo tú?

DON NADIE.- (**Hablando consigo mismo.**) Sí... tú aquí, en este lado del puente, en este sitio tan extraño... (**A NADIE.**) ¿Llevas mucho tiempo?

NADIE.- Aquí no existe el tiempo tal como se comprende allí. **(Señalando el lejano puente.)** Aquí sólo se puede hablar de espacio... bueno, aunque tampoco se comprende en toda su magnitud.

DON NADIE.- ¡Si no hablas más claro... reviento de locura!

NADIE.- Sobran las palabras. Ya te advertí que se escuchaban los pensamientos. En este lado del puente no se habla. Los pensamientos toman sonido. El silencio es denso... se puede palpar.

DON NADIE.- **(Con curiosidad.)** ¿Nos podríamos marchar?

NADIE.- Sí, **(Sentencioso.)** puedes ir... infinitamente a la izquierda, a la derecha, atrás o adelante... infinitamente, siempre así.

DON NADIE.- No me entiendes... pienso si podemos salir de aquí.

NADIE.- Todo es igual.

DON NADIE.- Trataré de pensar mejor. Me tienes que entender. **(Se deja caer en el suelo y queda adormecido en la misma postura que mantuvo al caer el telón del primer acto.)**

NADIE.- **(Al público.)** Así es la vida. **(Rectificando.)** ¡Qué digo yo!, **(Sonríe.)** es la fuerza de la costumbre... quería pensar que así son las cosas. **(Señalando a DON NADIE.)** Aún no ha pensado que llegó y se tiene que quedar. Quiere irse..., ¿a dónde?, ¿para qué?, ¿por qué? Aquí nos tendremos que quedar. El principio de todo, los días..., ¿se entiende así? **(Tratando de hacerse comprender.)** Quiero pensar: los períodos de espacio iniciales, quedaron lejos... bueno, ¿ustedes comprenden el término «lejos»? es pensar: fuera de aquí. Esos días quedaron allí... al otro lado. Ya no se puede rectificar..., ¡y antes tampoco! Pero aquello era el puro trámite, el paso por una zona hasta llegar al puente para hacerse infinito aquí. **(Por DON NADIE.)** El aún no lo comprende. Está obsesionado por el cambio, absorbido por lo nuevo, echa de menos a todos los que le rodeaban en aquel lado; a unos porque decían amarle, a otros porque le adulaban, y... a la mayoría porque le agobiaban con su insoportable compañía. Aquí no puede ser un hombre de mundo

porque aquí... no está eso que llaman mundo..., es tan infinito (**Señalando todo el espacio.**) y a la vez tan pequeño, que ni con microscopio se puede observar. Se acabó el hombre de mundo... o el mundo del hombre. (**Transición.**) ¿Cómo lo pensaría yo para que él me comprendiera? (**Mira a DON NADIE.**) Le haré pensar. (**Va hacia él.**) ¡Vamos! ¡Levanta! Te queda mucho espacio para descansar. Acabo de...

DON NADIE.- (**Se incorpora.**) ¿Qué ocurre?

NADIE.- Nunca ocurre nada.

DON NADIE.- ¿Qué pasa?

NADIE.- (**Alegre.**) Pienso que acabo de dar con el punto débil del asunto.

DON NADIE.- ¿Nos vamos?

NADIE.- ¡No se trata de eso! Me refiero a que comprendas lo que es esto, dónde estamos y por qué estamos.

DON NADIE.- ¿Para qué?

NADIE.- ¡No!, «para qué» no te lo preguntes nunca..., podemos saber, en todo caso, «dónde» y «por qué», pero..., «para qué», nunca.

DON NADIE.- Es terrible.

NADIE.- ¡Sin exagerar! Ya será menos.

DON NADIE.- ¿Lo consideras así?

NADIE.- Sí. Mira, (**Con entusiasmo.**) estamos donde no existe el pecado..., para que no lo cometamos. ¿Entiendes? Ya sabes dónde y por qué.

DON NADIE.- Sí... pero... yo pienso... (**Aún está adormecido. Poco a poco se va recuperando.**) En un mundo sin pecado..., ¿se puede vivir? ¿Cómo se puede comprender entonces la virtud? ¿La satisfacción del arrepentimiento?

NADIE.- Esos términos aquí no valen.

DON NADIE.- Entonces..., ¿estamos en un inmenso vacío? ¿En la plena soledad?

NADIE.- Sí. Pero pese a esa soledad, pronto nos iremos viendo rodeados por muchos de los que allí (**Por el otro lado del puente.**) nos agobiaban.

DON NADIE.- ¿Van a venir?

NADIE.- Tienen que llegar. Antes o después estarán aquí. **(Mirando el lejano puente iluminado.)** Ese puente todos lo han de pasar. Unos más jóvenes... otros más viejos. Algunos tienen miedo; otros ponen todos los medios para hacerlo: una pistola, unos comprimidos... **(Silencio.)**

DON NADIE.- ¿Cómo?

NADIE.- **(Continúa.)** Pero todos llegan. Cuando alcanzan lo que ellos llaman la vejez piensan que, cruzar el puente para llegar aquí, es descansar. Otros han llegado simplemente por el desdén de una mujer, otros por culpa de una máquina con motor de explosión..., algunos por aburrimiento.

DON NADIE.- ¡Ah! Ya empiezo a comprender. Y..., ¿todos vienen aquí?

NADIE.- ¿A dónde si no?

DON NADIE.- **(Convencido.)** ¡Claro! Es así.

(Por el fondo aparece una chica -LA CHICA- muy mona, con los zapatos en una mano y una máscara horrible en la otra. Usará la máscara cuando se indique.)

NADIE.- **(Reparando en LA CHICA.)** ¿Qué es eso? Parece que alguien llega.

DON NADIE.- **(Al ver que es una chica coge la chaqueta, se la pone y trata de mantener una postura elegante; arregla el nudo de su corbata y sacude con la mano la ropa llena de tierra.)** ¡Una mujer! ¡Una chica!

LA CHICA.- **(Sin reparar en ellos que se han situado cada uno a un lado del escenario.)** ¡Qué cansancio! **(Tira los zapatos al suelo.)** ¡Cómo me duelen los pies! **(Respira profundo.)** Esto debe ser lo infinito. Aquí podré descansar. **(Se sienta.)** Descansaré un rato. **(Se frota los pies.)** Parece largo el camino, se hace pesado, y los pies se destrozan. **(Mirando al horizonte.)** Menos mal que ya no debe quedar mucho. El principio estará cerca.

DON NADIE.- **(Haciendo señas a NADIE.)** ¿Qué dice?

NADIE.- **(Observándola.)** Que el principio estará cerca.

DON NADIE.- ¿Qué principio?

NADIE.- (De mal genio.) ¡El principio del fin, caramba!

LA CHICA.- (Se pone la máscara.) Así estaré fea..., ¿verdad? Puede que no me reconozcan al llegar. (Se quita la máscara.) Mejor será que me arregle un poco.

(Saca maquillaje y se arregla la cara. NADIE y DON NADIE la observan.)

NADIE.- ¡Qué coqueta!

DON NADIE.- (Haciendo señas a NADIE.) ¡Es una mujer..., debes comprenderlo!

NADIE.- De poco le va a servir eso aquí. (A DON NADIE.) ¡Y deja de pensar que es una mujer, tampoco sirve eso; piensa que es una persona! (Por LA CHICA.) Acaba de llegar y no sabe nada de esto. Tiene la mente en blanco.

DON NADIE.- (Algo entusiasmado.) ¿Se quedará con nosotros?

NADIE.- Sí... (A punto de perder la paciencia.) ¡Sí!, se quedará con nosotros, ¡además, para siempre!

DON NADIE.- (Con gesto estúpido y morboso.) ¡Qué bien!

NADIE.- Pero no te figures que esto es como... vamos, lo que tú crees. Aquí no te servirá de nada argumentar un Consejo de Administración, un viaje de negocios, ni una visita imprevista en tu lujoso despacho, para llegar a casa a última hora o para ausentarte tres o cuatro días.

DON NADIE.- (Sintiéndose descubierto.) ¿Yo?

NADIE.- Sí, tú y muchos como tú. Aquí no se puede mandar a la familia de veraneo para dedicarse a hacer el «cuervo», en la capital, con los amigotes. No es posible jugar a Don Juan con la calva reluciente y la tripa de un sapo.

DON NADIE.- (Asustado.) ¿Yo? ¡Mentira!

NADIE.- Un hombre de mundo nunca dice «mentira», es una palabra muy vulgar; debe decir: ¡incierto!

(Mientras LA CHICA continúa arreglándose.)

DON NADIE.- Bueno, pues, ¡eso!..., ¡incierto!

NADIE.- (Sin hacer mucho caso a la última frase.) Aquí el dinero no es. De nada le valdrá a ella arreglarse ni a ti tratar de conquistarla..., ya te dije que el pecado no existe... el dinero, entonces, no vale. Imposible invitarla a «champang», llevarla a comer; nada de eso hay aquí.

DON NADIE.- (Dudando.) ¿De verdad?

NADIE.- Este lado del puente es para nosotros solamente.

DON NADIE.- Y para ella...

NADIE.- ¡Y para más que llegarán! ¡Ya te lo he dicho! Pienso que para nosotros, los hombres, para nosotros solamente. Nos encontramos con nosotros mismos..., por eso tú y yo coincidimos. Por eso yo estaba en el puente. Esperaba.

DON NADIE.- ¿A mí?

NADIE.- Esperaba llegar yo, para venir aquí. Debíamos venir los dos juntos... en uno solo.

DON NADIE.- De todos modos, (Insistiendo.) a pesar de lo que dices..., la chica es muy mona. (Acercándose a ella.) Me gusta...

NADIE.- (Riendo.) ¿Vas a hacerle la corte? ¿A tus años? ¿En tus circunstancias?

(LA CHICA ha terminado de arreglarse y se levanta.)

Ya se marcha.

(LA CHICA sale.)

Se va.

DON NADIE.- ¿A dónde?

NADIE.- A ningún sitio. Volverá. Está confundida. Es joven y no conoce esto.

DON NADIE.- (Como haciendo un descubrimiento.) ¡Ya! ¡Es joven y no sabe lo que hace ni a dónde va! ¿No es así?

NADIE.- (Irritado.) ¡Pero cómo puedes ser tan bestia! He dicho que no conoce esto, nada más. Quizá por ser joven ha continuado su camino. No ha tenido la cobardía nuestra.

DON NADIE.- ¿La seguimos?

NADIE.- No... nuestro sitio es éste. No hay razones para cambiar.

DON NADIE.- (Malhumorado.) ¡No hay razones! ¡No hay razones! Pero tú siempre tienes razón o pretendes tenerla.

NADIE.- ¿Qué has hecho tú en la vida? ¿Razonar acaso? Tratabas de estrujar a la gente la última gota... siempre en beneficio tuyo. Después, con ese dinero, hacías estúpidamente el Casanova por los «cabarets», comprando con el dinero de los demás la caricia estereotipada de una golfa... o de una pobre mujer.

DON NADIE.- (Tratando de justificarse.) Ya sabes que en mi casa... no me comprendían.

NADIE.- ¡No es una razón! Si al menos hubieras buscado en otra mujer un noble ideal...

DON NADIE.- Y, ¿quién te dice que no?

NADIE.- (Más irritado aún.) ¡Yo! ¡Tú! ¿Puede haber nobleza, honradez, en la mirada y el gesto lascivo con que observabas a esa chica? Una mujer lo puede dar todo... y también lo puede quitar.

DON NADIE.- Sí... deben existir algunas maravillosas.

NADIE.- El término «existir» aquí no vale.

LA CHICA.- (Entra y se dirige a ellos.) Perdonen..., ¿son ustedes de aquí?

DON NADIE.- (Abordándola.) Pues... pues sí..., ¡claro!

NADIE.- (Apartando a DON NADIE.) Estamos aquí... somos esto mismo, lo que se ve, lo que hay.

LA CHICA.- (Ingenua.) Es que... creo que me he perdido.

NADIE.- ¿A dónde iba?

LA CHICA.- No lo sé. Yo vivía lejos... al otro lado. Una vez crucé un puente y he llegado aquí. Pero ignoro si éste es mi sitio.

NADIE.- Este es el sitio de todos.

LA CHICA.- ¡Ah! En ese caso me quedo con ustedes.

DON NADIE.- (A NADIE.) Parece que te comprende bien.

NADIE.- Quizá porque sea más noble que tú. Con la verdad por delante es más fácil comprender a la gente y hacer que le entiendan a uno.

DON NADIE.- Yo, una vez, (Señalando al otro lado del puente.) allí... intenté ir con la verdad por delante y sólo me llevé bofetadas.

NADIE.- ¡La verdad! ¡Esa es la gran virtud que todos debiéramos tener!

DON NADIE.- Sí... y cuando te descuidas te llevas el palo.

NADIE.- Eso ocurre allí..., (Con insistencia.) al otro lado, pero aquí somos NOSOTROS, nada más que nosotros.

LA CHICA.- (Observándoles con curiosidad.) ¿De qué hablan? ¿Están discutiendo?

DON NADIE.- No, hablaba Nadie... de cosas... de sus cosas.

NADIE.- (Cargando la frase.) De nuestras cosas.

DON NADIE.- Bueno, ¡pues de nuestras cosas!

LA CHICA.- Si les molesto... me marchó.

NADIE.- No puede hacerlo. Se tiene que quedar. Este es su lugar. Aquí está su...

LA CHICA.- ¿Mi vida?

NADIE.- Bueno, llamémosle así... (Observando a DON NADIE.) ¡Y deja de mirar con ojos de lujuria!

LA CHICA.- Pero..., ¿por qué discuten?

NADIE.- (Sin hacer caso a LA CHICA.) Aquí de nada te va a servir, (A LA CHICA) porque algo hay que hacer...

LA CHICA.- De algo hay que vivir...

NADIE.- No. De «algo» hay que estar... Con «algo» hay que estar aquí. Usted no sabe aún dónde ni cómo está. Simplemente ha llegado. **(Pausa.)** Si me lo permite... le hablaré de tú... en este lugar los tratamientos no sirven de nada y, de este modo, nos podemos comprender mejor. Es preferible que olvides tu falsa postura ante una sociedad que ya no existe. Olvida de una vez y para siempre el bonito juego femenino... el coqueteo, las bonitas posturas, la sensualidad de tus piernas y la dulce mirada llena de falsedad. Todo eso son bazas de un juego de azar que ya no se lleva. Sea sincera...

LA CHICA.- **(Coqueta.)** Habíamos quedado en tutearnos...

NADIE.- Sí... a veces este lado del puente crea confusión. Debes ser sincera.

LA CHICA.- **(Se pone la máscara con un gesto de coquetería.)** ¿Así?

DON NADIE.- ¡No, eso no!

NADIE.- Así será dentro de un período de tiempo. Pero esa careta, aunque aquí la veamos horrible, te sirvió para engañar a muchos.

LA CHICA.- ¡Fui muy decente!

NADIE.- No se trata del manido concepto de decencia. No se engaña sólo con el cuerpo... se engaña más con la mente, con los gestos, las miradas; se engaña cada vez que se hace algo contrario a nuestros propios deseos. ¡Ese es el peor engaño! ¡La mentira más tremenda y la que más perjudica! Pero en este lugar eso no vale.

LA CHICA.- ¡Y qué sabes tú de mí!

DON NADIE.- **(Aparte.)** No entiendo nada. **(Se sienta.)** Mejor será descansar.

NADIE.- **(A DON NADIE.)** Tiempo tendrás. **(A LA CHICA.)** No te conozco... no te he visto nunca, pero es fácil comprenderte en un momento.

LA CHICA.- **(Más coqueta aún. Interesada.)** ¡Qué interesante! No suponía que hubiera hombres tan avispados.

DON NADIE.- **(Desde el suelo, donde está sentado.)** Pues queda muy atractiva así... coqueteando.

NADIE.- Tú has sido una chica inquieta... has querido hacer cosas en la vida y no has conseguido nada.

LA CHICA.- Las circunstancias.

NADIE.- ¡La cobardía, la apatía!

LA CHICA.- ¡Qué tiene que ver una cosa con otra!

NADIE.- Las dos cosas se complementan para anular lo que allí llaman personalidad. Tú has vivido del engaño..., perdón, de un engaño justificado, decente; preferías la seguridad mediocre del camino que llevabas, antes que arriesgar esa relativa comodidad por una felicidad mayor.

LA CHICA.- (**Tratando de justificarse.**) Tuve inquietudes... quise hacer cosas..., pero no encontré ayuda. Alguna vez intenté escribir un diario... era la única salida.

NADIE.- ¿Te sirvió de algo?

LA CHICA.- De consuelo.

NADIE.- (**Sentencioso.**) De justificación a tu falta de valor, a tu indecisión.

LA CHICA.- Algo más también escribí. (**Sacando unas cuartillas.**) Mira, aquí lo tengo, lo he conservado siempre. (**Le deja las cuartillas.**)

NADIE.- (**Lee unos renglones.**) ¡Caramba! ¡Qué interesante!

LA CHICA.- (**Interesada.**) ¿De verdad?

NADIE.- Sí..., la mentira es una falsa verdad. (**Sigue leyendo.**) ¿Así eres tú realmente?... Quiero decir, (**Rectifica.**) quiero pensar: ¿así eras tú?

LA CHICA.- Cuando lo escribí sí. (**Se siente entusiasmada de la conversación con NADIE.**) Parece que alguien me entiende.

DON NADIE.- (**Filosófico.**) ¡La eterna lucha: que le entiendan a uno! Pero eso nunca se consigue.

(NADIE y LA CHICA, leyendo las cuartillas, van saliendo con paso lento. DON NADIE les observa. Antes de salir de escena dejan caer las cuartillas. Hacen mutis con una sonrisa de mutua comprensión.)

Me han dejado solo... bueno, solo no me pueden dejar... habrán ido más acá o más allá, pero luego estarán conmigo. (**Pensativo, observándoles desde lejos.**) Parece como si estuvieran enamorados... (**Ve las cuartillas en el suelo, las coge y lee.**) «Diálogo conmigo»... ¡Qué curioso, la intimidad de una mujer en un par de cuartillas!

(Lee para sí, con gestos grotescos de curiosidad y regocijo. Por un lado del escenario sale NADIE y por el otro LA CHICA, con la máscara puesta, dialogando lo que DON NADIE está leyendo en silencio y estará así, en escena, hasta que ellos representen el diálogo.)

NADIE.- ¿A dónde vas?

LA CHICA.- ¿A dónde voy?, sólo sé que me muevo y mis pasos no me llevan a ninguna parte, quiero andar y sólo mi materia se mueve.

NADIE.- ¿Qué haces?

LA CHICA.- Existo, respiro, siento la sangre correr por mis venas y no vivo. (**Transición.**) Hacer..., ¡si pudiera!

NADIE.- ¿Qué?

LA CHICA.- Todo a lo que no me atrevo.

NADIE.- ¿Por qué?

LA CHICA.- Cansancio, falta de estímulo..., no sé. Un gran fuego crepita en mí, pero el agua del hastío lo apaga.

NADIE.- ¿Sientes?

LA CHICA.- ¡Todo! Pena, angustia, ira..., (**Gritando.**) ¡quiero ser!

NADIE.- Ser, ¿qué?

LA CHICA.- ¡Yo!

NADIE.- (**Pausa.**) ¿Amor?

LA CHICA.- Inmaterial. Comunión de pensamientos, afanes gemelos. Unas manos que se unen, unos ojos mirando al infinito. Paz.

NADIE.- ¿Anhelos?

LA CHICA.- ¡Todos!

NADIE.- ¿Conseguidos?

LA CHICA.- Pocos. Sólo queda al final...

(DON NADIE **los mira**. NADIE **grita**.)

NADIE.- ¡El final es esto! ¡Fuera esa máscara!

LA CHICA.- ¿No será mi propia cara?

NADIE.- No puede serlo... tu cara no puede ser así... fea, vieja, rugosa...

(DON NADIE **vuelve a mirar las cuartillas**.)

LA CHICA.- Decía que sólo queda al final un gran vacío, un vacío que no puede llenarse con nada.

NADIE.- (DON NADIE **vuelve a mirarlos**.) ¡Fuera esa máscara!

LA CHICA.- (Sin retirar la máscara.) Frustración total por no ser capaz de luchar por ellos..., por los anhelos.

NADIE.- ¿No te suena un poco cursi?

LA CHICA.- Pero es así. Piensa que todo esto que decimos está escrito en aquel lado del puente.

NADIE.- Sí, ¡claro!

(DON NADIE **vuelve a las cuartillas**.)

¿Qué buscas?

LA CHICA.- Quedar.

NADIE.- ¿Podrás conseguirlo?

LA CHICA.- No quiero pensar que no. Todo es tan oscuro... Sólo sé de la existencia de la luz por las rendijas que la filtran... ¡Pero yo la quiero toda! **(Se quita la máscara y se abraza a NADIE llorando.)** Deslumbrante, cegadora, plena... ¡Que rasgue de una vez por todas las sombras de mi existencia oscura! ¡Que su brillo ilumine y dé vida a mi conciencia atrofiada... que me eleve hacia la cima de mis ideales! Pero..., **(Gritando.)** ¿dónde, dónde está esa luz? **(Se deja caer en el suelo llorando.)**

(DON NADIE deja de leer y les mira.)

NADIE.- ¡Es trágico ser sinceros! Y pensar que todo lo que dice ocurrió... pero ya no tiene arreglo... **(Le acaricia el cabello en gesto paternal.)**

(DON NADIE vuelve a las cuartillas.)

LA CHICA.- ¿Dónde está esa luz? **(Mirando a NADIE suplicante.)** ¿En mí? Quizá..., ¡pero no la encuentro!

DON NADIE.- **(Interviene, leyendo lo que dice.)** No sufras, nadie la encuentra; acomódate a tu vida, sácale el mayor provecho, goza, ríe, y... sobre todo, ¡no pienses!

(Desesperada, mira a NADIE que en pie, muy cerca de ella, la observa. DON NADIE vuelve a las cuartillas.)

LA CHICA.- ¿Por qué tú, precisamente tú, me pides que muera? No me quites el único bien que poseo, lo único que evita que el vacío sea total... y las sombras negrura infinita. No me hundas más en la desesperación. **(Suplicante.)** ¡Ayúdame!

NADIE.- ¿Ayuda?, ¿de mí? Si de verdad quieres ayuda saca de tí la salvación. Sólo tú puedes darte lo que necesitas, en tus manos tienes la clave de todo...

DON NADIE.- **(Para sí.)** Demagogia barata.

NADIE.- (A LA CHICA.) Rompe tus ataduras y grita hasta enronquecer, ¡grita!, ¡grita!, y que los sonidos de tu boca lleguen a tu corazón. (Pausa.) Si él los oye, ¡obedécelos! Sigue hacia adelante, no vuelvas la vista atrás... piensa que el destino del ser humano se encuentra siempre al final.

LA CHICA.- (Levantándose.) ¿Crees que llegaré?

NADIE.- (Con una sonrisa amable.) ¡Nunca llegarás! El verdadero aliciente de la vida, (Señalando la luz del puente.) es caminar hacia algo, buscar un ideal... y nunca encontrarlo. Si lo encuentras antes del final el vacío será tan absoluto que quizá no puedas soportarlo.

LA CHICA.- Entonces..., ¿estamos condenados a buscar sin descanso?

NADIE.- Sólo buscando encontrarás la felicidad.

LA CHICA.- ¿Y si la pereza me rinde antes de tiempo?

NADIE.- No dejes que un instinto se apodere de tu mente. Lucha por lo que quieres y aleja todo obstáculo de tu camino.

LA CHICA.- (Iniciando el mutis.) Lo intentaré... Adiós..., al final del camino nos encontraremos. (Sale.)

NADIE.- El final está aquí. (Mirando por donde se ha marchado.) El final es todo...

DON NADIE.- (Avanzando a las candilejas y dejando caer las cuartillas.) Allí sólo hay un puente... nada más.

NADIE.- Tendrá que volver... y ya te dije que vendrán más; vendrán Mengano, Fulano y Zutano. Todos vendrán... pasarán... volverán... y eternamente no existirán en todo esto.

DON NADIE.- (Pensativo.) A veces creo, pienso, que mejor hubiera sido quedarme allí, no cruzar aquel puente.

NADIE.- Imposible.

DON NADIE.- (Tratando de justificarse.) ¡Hay que buscar!..., le decía a ella, ¿no?

NADIE.- Pero nos buscan a nosotros..., por eso digo que todos llegarán. (Adelantándose a las candilejas.) ¡Este es el gran teatro del más allá! (Con tono de presentador circense.) ¡El gran circo de la eternidad! ¡Con la estúpida actuación de ¡Fulano!

(Sale FULANO, con máscara sonriente puesta y se acerca a DON NADIE.)

¡Mengano!

(Sale MENGANO con máscara también sonriente, y se une a FULANO)

y..., ¡Zutano!!

(Sale ZUTANO y repite el juego de los anteriores.)

¡La gran comedia va a comenzar! ¡Llegaron todos! ¡Nos buscan!

(Música de circo. Una marcha.)

DON NADIE.- (Mirando a FULANO, MENGANO y ZUTANO.) Pero..., ¿vosotros por aquí?

(Los tres giran alrededor de DON NADIE al compás de la música y dan saltos ridículos.)

¡Pero si son como allí! ¡Siempre sonriendo!

(Los tres, de cara al público, se retiran la máscara y dejan ver un rostro agrio, amargo, triste.)

¡Siempre alegres!

(Los tres ponen gestos de dolor.)

¡Los recuerdo como..., (**Nervioso.**) como si hubiera sido ayer!
Trabajando en mis empresas, ¡mis fieles servidores!

(Cesa la música. Se ponen de nuevo la máscara.)

FULANO.- (**Rítmica y monótonamente.**) ¡Yo, yo, yo, yo!

MENGANO.- (**En el mismo tono.**) ¡Yo, yo, yo, yo!

ZUTANO.- (**Con voz triste.**) ¡Y yo también!

DON NADIE.- (**Paternalista.**) Sí, sí, todos... los tres...
todos..., (**Señalándoles.**) tú, tú y tú.

FULANO, MENGANO y ZUTANO.- (**A un tiempo.**)
Sí, jefe.

NADIE.- ¿Tenéis hambre?

FULANO.- (**Quitándose la máscara.**) Sí, señor.

MENGANO.- (**Quitándose la máscara.**) Sí, señor.

ZUTANO.- (**Quitándose la máscara.**) Alguna..., señor.

DON NADIE.- (**Aún con tono paternalista.**) ¡Vamos,
vamos! ¡Debemos alegrarnos de estar juntos! ¡Hay que
celebrarlo! ¡Mis fieles servidores!

(Los tres tirados a sus pies. NADIE los observa.)

¡Mis buenos colaboradores!

NADIE.- (**Sentencioso.**) La propaganda aquí tampoco vale. En
otro tiempo (**A DON NADIE.**) sí tenías la cuchara... y ellos
abrían la boca..., ¿se la dabas?

DON NADIE.- (**A los tres.**) ¡Gracias a vosotros... a vuestros
servicios...,

(Vuelve la música de circo y los tres saltan ridículamente,
como bufones.)

las empresas salían adelante!

(Cesa la música.)

NADIE.- (Insistiendo a DON NADIE.) ¿Se la dabas?

DON NADIE.- (Haciéndose el distraído.) ¿El qué?

NADIE.- ¡La cuchara!

DON NADIE.- (Despectivo.) ¡Qué bobada! ¡Comían por sí solos! Y si no que lo digan ellos...

FULANO, MENGANO y ZUTANO.- (A un tiempo. Con voz de coro.) ¡Sí, jefe, sí!

DON NADIE.- ¿Lo ves? Son más sinceros que esa niña, (Señalando el sitio por donde salió LA CHICA.) con pretensiones de libertad.

NADIE.- (A FULANO, MENGANO y ZUTANO.) ¿Comíais?

FULANO, MENGANO y ZUTANO.- (Se quitan la máscara. Hablan a un tiempo los tres.) A veces... sólo a veces... El jefe tenía la cuchara.

DON NADIE.- ¿Vivíais, sí o no?

FULANO, MENGANO y ZUTANO.- (Con máscara puesta.) Sí, jefe, sí. (Vuelve la música de circo.) Sí, jefe, sí. Sí, jefe, sí. Sí... (Saltan a su alrededor.)

LA CHICA.- (Entra sin máscara, gritando y lanzándose a los brazos de NADIE.) ¡La luz! ¡No encuentro esa luz! ¡Sólo hay rendijas llenas de polvo que no la dejan pasar!

NADIE.- (Abrazándola.) ¡Y así siempre!

LA CHICA.- (Mirando a su alrededor.) ¡Aquí sólo hay basura!

NADIE.- Allí también la había.

LA CHICA.- (Con un gesto de protesta.) ¡Pero metida en cubos!

NADIE.- Y en la calle... tirada por las aceras, amontonada en las esquinas... olvidada en los portales.

LA CHICA.- Pero..., ¿es que todo es basura?, ¿y aquí también?

(Cesa la música y FULANO, MENGANO y ZUTANO quedan quietos, inclinados, sin máscara, con su expresión de amargura.)

Pero... esos hombres... antes no estaban así, antes sonreían, bailaban... **(Suplicante.)** ¿Qué ocurre?, ¿por qué es esto?

NADIE.- Nunca preguntes por qué. Nada te contestará. Lo infinitamente tremendo es la duda...

LA CHICA.- **(Mirando al puente.)** ¡Quiero volver!

NADIE.- No puedes..., y de nada te serviría, Allí... en aquel puente está el punto exacto de la felicidad... en el término medio, pero...

LA CHICA.- **(Gritando.)** ¡No me gustan las mediocridades!

NADIE.- En los extremos está lo triste, la duda... el no saber de dónde, por dónde ni... ni por qué. Sin embargo, nos hundimos unos a otros.

(DON NADIE pone la mano con gesto de falso afecto sobre la cabeza de FULANO y éste cae al suelo.)

Lo triste de todo es ver cómo, poco a poco,

(DON NADIE, con el mismo gesto, hace caer a MENGANO.)

todo se va derrumbando...,

(Cae ZUTANO igual que los otros dos.)

los sueños que, a los veinte años, creías poder realizar, se rompen... no de golpe,

(LA CHICA se separa de NADIE y, casi sin escucharle, contempla la escena de FULANO, MENGANO y ZUTANO en el suelo.)

sino lentamente. Así es más angustioso. Al terminar sólo puedes palpar el egoísmo, el interés de cada uno por conseguir sus comodidades... Al final nadie se molesta por los problemas de los demás.

LA CHICA.- ¡No puede ser!

DON NADIE.- (Ensimismado.) ¡Pero es! (Mira a FULANO, MENGANO y ZUTANO.)

LA CHICA.- (A DON NADIE, en tono de protesta.) Y usted, ¿qué sabe de eso?

DON NADIE.- (A NADIE.) ¡Esta rebelde...!

(Baja la luz de la escena.)

NADIE.- Si hubiera cincuenta como ella, sólo cincuenta... quizá encontraríamos... esa luz de que habla.

(La luz ha descendido del todo. Sólo un foco ilumina a LA CHICA.)

Así este gran espectáculo sería más interesante...

LA CHICA.- (De cara al foco.) ¡Luz!

(Comienza un redoble de tambor circense.)

¡Tiene que haber luz...! ¡Debe haber un camino... ¡Un camino para salir...!

(El redoble del tambor se hace más insistente. Gritando con desesperación.)

¡Para salir de aquí!

**(El tambor da un golpe seco. Silencio. Se hace un oscuro y
cae el telón.)**